

han pasado agradablemente veinticuatro horas; no es un amigo, y con todo, cree uno amarla como á tal, y la recordará seguramente toda la vida, con más viveza que á muchos de aquellos á quienes se dá el nombre de amigo. Mirando la ciudad por la ventanilla del coche de ferro-carril, viniéronme á los labios las palabras de don Alvaro Tarfe en el *Quijote*: —"¡Adios, Barcelona, archivo de la cortesía, albergue de los extranjeros, patria de los valientes, adios!"—Y añadí tristemente: ¡Hé aquí desgarrada la primera página del libro de color de rosa de mi viaje! Todo pasa en el mundo... Ahora una ciudad nueva, despues otra, y otra despues... y más tarde... el regreso, y el viaje habrá pasado como un sueño y me parecerá que ni siquiera me he movido de casa... ¿y luego?... otro viaje... y nuevas ciudades, y tristes despedidas y... un recuerdo, vago como sueño... ¿y luego? ¡Pobres de vosotros si en un viaje os dominan semejantes pensamientos! Contemplad el ciclo y la campiña, recitad versos, y fumad.

Adios, Barcelona, archivo de la cortesía, adios.



ZARAGOZA



corta distancia de Barcelona comienzan á verse las rocas dentadas del Monserrat, extraño monte que á primera vista infunde en el ánimo la duda de una ilusión óptica: tan difícil es creer que la naturaleza haya llevado hasta aquel punto las extravagancias fantásticas del capricho. Imaginaos una série de sutiles triángulos pegados, como los que hacen los niños para representar una cadena de montañas, ó bien una corona tendida como hoja de sierra, ó pilones de azúcar puestos en fila, y tendréis idea de la forma que ofrece á lo lejos el Monserrat, conjunto de conos inmensos que se alzan uno junto á otro, y uno sobre otro; ó mejor, un solo gran monte formado de cien montes, hendido de alto á abajo casi hasta la tercera parte de su altura, de manera que presenta dos grandes masas alrededor de las cuales se agrupan las menores: en las partes altas, árido y abrupto; en las bajas, poblado de pinos, encinas, madroños y enebros; roto aquí y allá por desmesuradas grutas y hondos barrancos, sembrado de ermitas que blanquean en

los riscos y en las profundas gargantas. Sobre la hendidura del monte, en medio de las dos cimas principales, se alza el antiguo convento de Benedictinos, donde Ignacio de Loyola meditó en su juventud. Cincuenta mil personas, entre peregrinos y curiosos, van anualmente á visitar convento y grutas, y el 8 de Setiembre se celebra allí una fiesta á la cual concurre innumerable gente de todas partes de Cataluña. Poco antes de llegar á la estacion en que se descende para subir al monte, invadió mi coche una tropa de muchachos acompañados de un sacerdote, alumnos de un colegio de no sé qué aldea, que iban á pasar el día en el Monserrat. Eran todos catalanes; graciosas caras blancas y sonrosadas, con grandes ojos. Cada cual llevaba un cestito, y dentro de él pan y fruta; alguno un álbum, y otros un antejo; hablaban y reían todos á un tiempo; se revolvían sobre los bancos y armaban un estrépito del mismísimo demonio. Por más que alargase el oído y aguzara el entendimiento, no conseguí coger palabra del maldito lenguaje que graznaban. Trabé conversacion con el sacerdote.

—Mire usted,—me dijo despues de las primeras palabras, señalándome uno de los muchachos:—aquel niño sabe de memoria toda la Poética de Horacio; ese otro resuelve problemas de matemáticas que es cosa de asustarse; este de aquí ha nacido para la filosofía...

Y me enteró de las dotes principales de cada alumno. Interrumpióse de repente, y gritó:

—¡*Barretina!*

Todos los muchachos sacaron del bolsillo la roja

barretina catalana, y lanzando gritos de alegría se la pusieron en la cabeza; cuál toda hacía atrás, que le caía sobre la nuca, cuál toda hacía adelante, que le tapaba la punta de la nariz: desaprobaba el sacerdote con ademanes, y entonces los que la tenían sobre la nuca se la echaban sobre la nariz; y los que la tenían sobre la nariz se la echaban sobre la nuca; y de aquí risas, exclamaciones y palmoteo... Acerquéme á uno de los más juguetones, y así como por mofa, seguro de que sería lo mismo que hablarle á las paredes, le pregunté en italiano:

—¿Es la primera vez que haces una expedicion al Monserrat?

El muchacho estuvo un poco en suspenso, y luego me respondió muy despacio:

—*Ci so-no già sta-to al-tre vo-lte.* (He estado ya otras veces).

—¡Ah, caro niño!—le grité con un contento difícil de imaginar;—¿dónde has aprendido el italiano?

Aquí tomó el sacerdote la palabra para decirme que el padre de aquel muchacho había vivido algunos años en Nápoles. Mientras yo me volvía hacía mi pequeño catalán á fin de entablar discurso; un malditísimo silbido, y despues un malditísimo grito de: Olesa, que es el lugar desde el cual se sube al monte, me cortó la palabra en los labios. Saludóme el sacerdote, precipitáronse fuera del coche los muchachos, y volvió á partir el tren. Saqué entonces la cabeza por la ventanilla para saludar á mi pequeño amigo.

—¡*Buona passeggiata!*—grité.

Y él, como masticando las sílabas:

—¡A-di-o!

Reiráse alguno al ver que recuerdo estas nimiedades: son, sin embargo, los placeres más vivos que se experimentan viajando... Las ciudades y lugares que se ven al atravesar Cataluña camino de Aragon, son casi todos poblados y floridos, y los rodean casas industriales, fábricas y edificios en construcción: por todas partes se vé surgir, tras de los árboles, densas columnas de humo, y gran vaiven de labradores y negociantes en todas las estaciones del ferro-carril. Hasta la ciudad de Cervera, la campiña es larga sucesion de llanuras cultivadas, de amenas colinas, de valles pintorescos cubiertos de bosques y coronados por viejas fortalezas. En Cervera comienzan las grandes extensiones de terreno árido, con pocas casas diseminadas, que anuncian la vecindad de Aragon. Pero luego, de improviso, se entra en un sonriente valle de olivos, de vides, de moreras y árboles frutales, poblado de quintas y de aldeas: á un lado se ven las altas crestas de los Pirineos; al otro las montañas aragonesas; Lérida, la gloriosa ciudad de los diez asedios, escalonada á lo largo de la orilla del Segre, sobre la falda de hermosa colina; en cuanto alcanzan los ojos, una pompa de vegetacion, una variedad de perspectivas, un golpe de vista sorprendente. Es el último paisaje de la campiña catalana. De allí á pocos minutos, se entra en Aragon.

¡Aragon! ¡Cuántas leyendas de guerras, de bandos, de reinas, de poetas, de héroes, de amores famosos despierta en la memoria este sonoro nombre! ¡La

vieja, noble y altiva Aragon, sobre cuya frente brilla el rayo más espléndido de la gloria de España! En su escudo secular lleva escrito con caracteres de sangre: "Libertad y valor." Cuando el mundo se encorvaba bajo el yugo de la tiranía, el pueblo aragonés decía á sus reyes:—"Nos, que somos tanto como vos, y que juntos valemos más que vos, os hacemos Rey, si guardais nuestros fueros y libertades; é si nó, nó." —Y sus reyes se arrodillaban ante la majestad de los magistrados populares, y prestaban juramento sobre la fórmula sagrada. En la barbarie de la Edad, Media, la fiera gente aragonesa no conocía la tortura; el juicio secreto estaba proscrito de sus códigos; todas sus instituciones protegían la libertad del ciudadano y la ley imperaba en absoluto. Mal contentos de la estrecha patria, bajaron de las montañas, de Sobrarbe á Huesca, de Huesca á Zaragoza, y entraron vencedores en el Mediterráneo. Unidos á la fuerte Cataluña, redimieron del señorío de los árabes las Baleares y Valencia; combatieron á Murat por el derecho ultrajado y la conciencia violada; domaron á los aventureros de la casa de Anjou, despojándolos de las tierras italianas; rompieron las cadenas del puerto de Marsella, que penden aún de los muros de sus templos; se enseñorearon del mar desde el golfo de Tarento á las bocas del Guadalquivar con las naves de Roger de Lauria; sojuzgaron el Bósforo con las de Roger de Flor; de Rosas á Catania recorrieron el Mediterráneo en alas de la victoria; y como si fuera estrecho el Occidente para su grandeza, fueron á grabar en la cima del Olimpo,

sobre las piedras del Pireo, en los soberbios montes que son casi las puertas del Asia, el nombre inmortal de la patria.—Estos pensamientos (aunque no justamente con las mismas palabras, porque no tenía á la vista un cierto opúsculo de Emilio Castelar) revolvía yo en mi mente á tiempo de entrar en Aragon. Y como primera novedad, ofrecióseme á los ojos, sobre la orilla del Cinca, el pequeño lugar de Monzon, notable por famosas asambleas que allí tuvieron las Córtes, y por repetidos asaltos y defensas de españoles y franceses: suerte que fué comun, durante la guerra de la Independencia, á casi todos los pueblos de aquella provincia. Monzon está echado á los piés de formidable monte, sobre el cual se alza negro castillo, siniestro, enorme, como hubiera podido imaginarlo el más sombrío entre los señores feudales para condenar á una vida de terror al más odiado en sus señoríos. La *Guía* misma se detiene delante de este monstruoso edificio, y prorrumpe en exclamaciones de tímido asombro. No hay, creo yo, en toda España otro lugar, otro monte, otro castillo que represente mejor la medrosa sumision de un pueblo oprimido y la amenaza perpétua de un señor feroz. Un gigante que aprieta la rodilla sobre el pecho de un jóven tendido en tierra, es semejanza mezquina para dar imágen de la cosa: tal fué la impresion que causó en mí, que no sabiendo siquiera tener en la mano el lápiz, me ingenié para bosquejar á mi manera aquel paisaje, á fin de que no se me fuera de la memoria; y estando en ello, me encontré que había hecho tambien el primer verso de una ba-

lada lúgubre. Pasado Monzon, la campiña aragonesa no se compone más que de vastas llanuras cerradas en lontananza por largas cadenas de rojizos montes, con pocas y miserables aldeas, y algun que otro collado solitario sobre el cual se ennegrecen las ruinas del antiguo castillo. Aragon, tan floreciente bajo sus reyes, es ahora una de las provincias más pobres de España. Solo á orillas del Ebro, y á lo largo del canal famoso que desde Tudela se extiende en diez y ocho leguas hasta cerca de Zaragoza, canal que á un tiempo mismo sirve para el riego de los campos y el transporte de sus productos, tiene un tanto de vida el comercio; en lo restante, ó languidece, ó muere. Las estaciones del camino están desiertas: cuando el tren se detiene, no se oye otra voz que la de algun viejo trovador que estropea la guitarra, canturreando una cancion monótona que se vuelve á oír despues en todas las estaciones, y sucesivamente en las ciudades aragonesas, mudadas las palabras, eternamente igual el motivo. No habiendo nada que ver fuera de la ventanilla, me volví hácia mis compañeros de viaje. Estaba el coche lleno de gente; y como en España los vagones de segunda clase no suelen tener nada que los divida, éramos cuarenta entre viajeros y viajeras, todos visibles: sacerdotes, monjas, chiquillos, criadas y otros personajes que tanto podian ser negociantes como empleados ó agentes secretos de D. Carlos. Los sacerdotes fumaban, segun uso de España, su cigarillo, ofreciendo amablemente á los vecinos petaca y papel: otros comian á dos carrillos, pasándose de mano en mano una especie de vejiga que, comprimida,

dejaba escapar un chorro de vino; otros leían periódicos, arrugando de rato en rato el entrecejo con gesto de profunda meditacion. Cuando un español está acompañado, no se lleva á la boca un casco de naranja, ó un pedazo de queso, ó un bocado de pan, si antes no ha rogado á todos que coman con él; de modo que yo veía pasar bajo mis narices fruta, pan y vasos de vino, y qué se yo cuanto más; cada cosa acompañada de un cortesano:— ¿Quiere Vd. comer?—al cual respondia:— Gracias,—bien contra mi cuerpo (es la frase que conviene), porque tenia un hambre de conde Hugolino. Delante de mí, propiamente con los piés casi tocando á los míos, iba una monja, jóven á juzgar por la barba, que era la única parte de su rostro que se descubria bajo el velo, y por una mano que dejaba con abandono sobre las rodillas. Tuve fijo en ella mis ojos más de una hora, aguardando que alzase la cara, pero se estuvo inmóvil como una estatua. Y sin embargo, era fácil colegir de su actitud que hacia un esfuerzo para resistir á la naturalísima curiosidad de mirar en derredor; lo cual precisamente despertó en mí un sentimiento de admiracion. ¡Qué constancia! pensaba. ¡Qué fuerza de voluntad! ¡Qué abnegacion hasta para las cosas más pequeñas! ¡Qué noble desprecio de las vanidades humanas! Estando en estos pensamientos, dirigí los ojos hácia su mano (era una mano blanca y pequeña), y me pareció verla moverse; miro mejor y veo que sale despacio, despacio fuera de la manga, y alarga los dedos, y se apoya en la rodilla, algo adelante, así, como dejándola colgar, y se vuelve un po-

co de un lado, y de nuevo se recoge, y de nuevo se extiende.... ¡Dios del cielo! ¡Buen desprecio de las vanidades humanas! Era imposible engañarse: todo aquel trabajo se había hecho para poner en evidencia la manita. Y no alzó una sola vez la cabeza en todo el tiempo que estuvo allí, y no dejó ver el rostro ni siquiera al apearse. ¡Oh inexcrutables profundidades del alma femenina! Estaba escrito que en aquel viaje no debía encontrar amigos más que entre los curas. Dirigióme la palabra un sacerdote ya anciano, de aspecto benévolo, y trabamos una conversacion que duró casi hasta Zaragoza. Al principio, cuando supo que era italiano, estuvo suspenso un poco, acaso discurriendo que yo podía ser uno de aquellos que desencajaron las cerraduras del Quirinal; mas como luego le dijese que no me ocupaba de política, se serenó y habló con entera confianza. Caímos en la literatura: yo le dije toda la *Pentecoste* de Manzoni, que lo tuvo en suspenso; él á mí una poesía del célebre Fr. Luis de Leon, poeta místico del siglo xvi: con esto trabamos amistad. Así que llegamos á Azuera, penúltima estacion conforme se va á Zaragoza, se levantó, saludóme, y puesto el pié en el estribo, de improviso se volvió para murmurar á mi oído:

—Cuidado con las mujeres, que tienen muy malas consecuencias en España.

Bajó despues, se detuvo para ver partir el tren, y alzando una mano en ademan de admonicion paterna me dijo otra vez:

—¡Cuidado!

Llegué á Zaragoza muy entrada la noche, y al

momento de apearme hirió mi oído la cadencia particular con que hablaban los cocheros, los mozos y los muchachos que se disputaban mi equipaje. Puede decirse que en Aragon se habla el castellano áun por el pueblo bajo, bien que un sí es no es estropeado y con algunos barbarismos; pero al español de las Castillas le basta media palabra para reconocer al aragonés, y no hay en realidad castellano que no sepa imitar aquel acento, y no lo ponga en ridículo, por lo que tiene de tosco y de monótono: poco más ó ménos, como se hace en Toscana con el hablar de la gente de Luca.—Entré en la ciudad con cierto sentimiento de trémula reverencia: imponíame la fama terrible de Zaragoza, y casi me remordia la conciencia de haber profanado tantas veces su nombre en la clase de retórica, cuando lo arrojaba como un guante de desafío al rostro de los tiranos. Las calles estaban desiertas, no veía sino el negro contorno de los tejados y los campanarios bajo el cielo lleno de estrellas, ni oía más que el ruido de los ómnibus que se alejaban. Antojábaseme, á la vuelta de ciertas calles, ver lucir en las ventanas cañones de fusil y puñales, y percibir ayes lejanos de heridos. Hubiera dado no sé cuánto porque despuntase el día, para saciar la vivísima curiosidad que me estimulaba á visitar una por una aquellas calles, aquellas plazas, aquellas casas á que dieron fama luchas desesperadas y matanzas horribles, retratadas por tantos pintores, cantadas por tantos poetas, y soñadas por mí tantas veces antes de partir de Italia, cuando me decía á mí mismo lleno de júbilo:—¡Las verás!—Llegué final-

mente á la fonda: miré con fijeza al camarero que me condujo á la habitacion, sonriéndole cariñosamente como para decir:—No soy un invasor, no me desuelles;—y despues de dar una ojeada á un gran retrato de D. Amadeo, colgado en un rincon del corredor, para contento de los viajeros italianos, me metí en la cama, cayéndome de sueño, como uno cualquiera de mis lectores.—Al rayar el alba me precipité fuera de la fonda. No había aún tienda, ni puerta, ni ventana abierta; pero apenas hube puesto el pié en la calle, cuando se me escapó un medio grito de estupor. Pasaba una cuadrilla de hombres tan extrañamente vestidos, que á primera vista creí que fuesen máscaras; luego pensé: no, son comparsas de teatro; luego más tarde: no, ni áun eso, son locos. Por sombrero, un pañuelo rojo anudado en torno de la cabeza, á modo de cerquillo, del cual salian por cima y por bajo mechones de cabello; una manta de lana, de rayas blancas y azules, echada á guisa de manto, amplia, colgando casi hasta el suelo, como toga romana; ancha faja azul ajustada á la cintura; calzones cortos, de veludo negro, ajustados á la rodilla; medias blancas; una especie de sandalias con cintas negras cruzadas sobre el pié; y en esta artística variedad de trajes, las huellas evidentes de la miseria; y con esta evidencia de miseria un no sé qué de teatral, de altivo, y de majestuoso en el talante y en los gestos, un aire de grandes de España caídos, que al verlos no sabe uno si debe reirse ó compadecerse; si se ha de llevar la mano al bolsillo para dar una limosna, ó se ha de quitar el sombrero en ademan de reverencia. Y no

son más que campesinos de las cercanías de Zaragoza. Pero esta que he señalado, es solamente una de las mil variedades que ofrece aquella manera de vestir. Siguiendo adelante, encontrábalas nuevas á cada paso: los hay que visten á la antigua, otros á la moderna; los elegantes, los sencillos, los alegres, los severos; cada uno con faja, pañuelo, medias, corbata y chaleco de colores distintos: las mujeres con enagua y faldas cortas, que dejan ver algo de pierna, y las caderas levantadas desmesuradamente; los muchachos, también ellos, con su respectiva manta de rayas y su trapo á la cabeza y sus actitudes dramáticas. La primera plaza con que dí estaba llena de gente, y ésta dividida en grupos; quien sentado en el umbral de las puertas, quien apoyado contra las esquinas; alguno tocando la guitarra; otros cantando; muchos en movimiento, pidiendo limosna, sin que el llevar las ropas destrozadas y llenas de remiendos les impidiese andar con la cabeza alta y los ojos fieros: parecían gente recién salida del teatro, donde todos juntos hubieran representado una tribu salvaje de algun país desconocido. Abriéronse poco á poco las tiendas y las casas, y el pueblo zaragozano se derramó por las calles. La gente de la ciudad no se diferencia nada de nosotros en el vestir; pero tiene algo de particular en el rostro: á la seriedad de los habitantes de Cataluña, se junta en ellos el aire despierto de los habitantes de Castilla, avivado todavía por una expresion de altivez enteramente propia de la sangre aragonesa.

El aspecto de las calles de Zaragoza es severo, casi triste, como lo imaginaba antes de conocerlas. Fuera

del Coso, ancha calle que atraviesa buena parte de la ciudad describiendo un arco,—el Coso, famoso antiguamente por las corridas, justas y torneos que allí se celebraban en las fiestas públicas,—fuera, digo, de esta calle hermosa y alegre, y de unas cuantas recientemente renovadas, que parecen calles de ciudades francesas, las demás son estrechas, tortuosas, flanqueadas de casas altas de color oscuro y pocas ventanas, semejantes á fortalezas. Son calles que tienen cierto aspecto, carácter ó como otros dicen, fisonomía peculiar, que vistas una vez, no se borran jamás de la memoria. Durante toda nuestra vida, cuando oigamos nombrar á Zaragoza, verá uno aquellas paredes, aquellas puertas, aquellas ventanas, como si las tuviese delante. Veo en este momento la plaza de la Torre Nueva, y podría dibujar casa por casa, y pintarlas todas dándole á cada una su color; paréceme respirar aún aquel aire (tan vivas conservo las imágenes), y repito lo que dije entonces:—Esta plaza es tremenda.—¿Por qué? No lo sé: habrá sido ilusion; sucede con las ciudades lo que con las fisonomías: cada cual lee en ellas á su modo. Las calles y las plazas de Zaragoza tienen para mí ese sentido. A cada revuelta decía:—Este lugar parece hecho para combatir;—y miraba en torno, como si faltase allí algo: barricadas, aspilleras, cañones. Volví á experimentar la profunda conmocion que me habían producido los relatos del horrible asedio; veía exactamente la Zaragoza de 1809, y corría de calle en calle con curiosidad creciente, como para buscar las señales de aquella lucha titánica que ha

llenado de terror el mundo. Por aquí, pensaba, señalándome á mí mismo el camino, por aquí debió pasar la division Grandjean; de allí desembocó acaso la division Musnier; de este lado se lanzaría al combate la division Morlot. Adelanté, hasta la rincónada: me parece que aquí se verificó el asalto de los cazadores del Vístula; otra vuelta más: aquí atacaron los cazadores polacos; allí abajo fueron degollados trescientos españoles; en este sitio estalló la gran mina que hizo saltar por los aires una compañía del regimiento de Valencia; en aquel ángulo murió el general Lacoste herido de un balazo en la frente. Hé ahí las calles famosas de Santa Engracia; de Santa Mónica, de San Agustín, por las cuales los franceses avanzaron hácia el Coso de casa en casa, á fuerza de minas y de contraminas, entre los desprendimientos de muros enormes y los escombros humeantes, bajo una tempestad de balas, de metralla y de piedras; hé ahí las encrucijadas, las plazuelas, los soporales oscuros donde se riñeron aquellos horribles combates cuerpo á cuerpo, á bayonetazos, á puñaladas, á bocados; las casas taladradas, defendidas aposento por aposento, entre llamas y ruinas; las estrechas escaleras por donde corrió la sangre; los tristes patios que resonaron con gritos de dolor y desesperacion, que se cubrieron de cadáveres destrozados, que vieron todos los horrores de la peste, del hambre y de la muerte!

Andando de calle en calle, fuí á parar frente á la iglesia de Nuestra Señora del Pilar, la Virgen terrible de quien impetraba proteccion y valor la escuálida muchedumbre de soldados, ciudadanos y mujeres

ántes de ir á morir en las brechas. El pueblo de Zaragoza ha conservado por ella el fanatismo antiguo, y la venera con sentimiento particular de amoroso terror, vivo aún en el ánimo de la gente á quien es extraño todo otro sentimiento religioso. Desde que se entra en la plaza y se alza la vista á la iglesia, hasta el momento en que, saliendo de ella, se vuelve uno á mirarla por última vez, es preciso cuidarse mucho de no sonreír ni hacer por distraccion un acto que pueda parecer irreverente; porque hay quien os ve y tiene el ojo sobre vosotros, y caso necesario os sigue. Y si la fé está muerta en vuestra alma, disponedla, ántes de atravesar el umbral sagrado, á un confuso despertar de todos los terrores infantiles: que pocas iglesias en el mundo tienen como ésta la virtud de despertarlos en los corazones más helados y más fuertes.

La primera piedra de Nuestra Señora del Pilar fué puesta en 1686, en el lugar donde estaba la capilla alzada por Santiago para depositar la imagen milagrosa de la Virgen que se conserva allí todavía. Es un edificio inmenso, de base rectangular, coronado por once cúpulas, y cubierto de tejas de colores que le dan cierto gracioso aire morisco; los muros carecen de adornos y son de un color ceniciento. El interior es una vasta iglesia, oscura, desnuda, fria, dividida en tres naves y rodeada de modestas capillas. La vista vuela rápida al santuario que se levanta en medio: allí está la imagen de la Virgen: un templo en el templo, que podría estar aislado en mitad de la plaza si se derribase el edificio que lo sostiene y circunda. Bellas columnas de mármol, dispuestas

en forma elíptica sustentan una cúpula ricamente esculpida, abierta en la parte superior y adornada en torno de la abertura con atrevidas figuras de ángeles y santos. En medio está el altar mayor; á la derecha la imágen de Santiago; á la izquierda en el fondo, bajo techumbre de plata que brilla sobre amplio dosel de terciopelo cuajado de estrellas, entre el resplandor de millares de votos y ofrendas, á la luz de innumerables lámparas, la escultura famosa de la Virgen, puesta allí hace diez y nueve siglos por Santiago, esculpida en madera, ennegrecida por el tiempo, toda cubierta, excepto su cabeza y la del niño, con una soberbia dalmática. Por delante, entre las columnas, alrededor del santuario, y á lo lejos, en el fondo de las naves, en todos los lugares desde donde la vista puede llegar á la venerada imágen, fieles de rodillas, prosternados, con la cabeza casi en tierra, con las manos en cruz: mujeres del pueblo, obreros, señoras, muchachos. Por las diversas puertas de la iglesia continuo cordon de gente á paso lento, sobre la punta de los piés, con aspecto grave; y en aquel profundo silencio, ni un murmullo, ni una tos, ni un suspiro: la vida de aquel gentío parece suspendida como si aguardasen todos divina aparicion, voz milagrosa, cualquiera revelacion tremenda de aquel misterioso santuario. Hasta el que no cree ni reza, se ve obligado á fijar la mirada donde se fijan todas, y el curso de sus pensamientos se detiene en inquieta espectacion. ¡Oh, si sonara esa voz—pensaba yo,—y se siguiera á ella la aparicion, aunque fuese una palabra ó un espectáculo que me hiciera temblar de espan-

to y me arrancara un grito jamás oído sobre la tierra, con tal que me librase para siempre de esta horrible duda que me roe el cerebro y me contrista la vida...—Intenté penetrar en el santuario, y no lo conseguí: hubiera debido pasar sobre las espaldas de cien fieles, cada uno de los cuales comenzaba ya á mirarme con recelo, porque andaba de aquí para allá con mi cuaderno y mi lápiz. Quise bajar á la cripta, donde están las tumbas de los arzobispos y la urna que guarda el corazon del segundo don Juan de Austria, hijo natural de Felipe IV; no me lo consintieron. Pedí permiso para ver los vestidos, el oro y piedras preciosas que derramaron á los piés de la Virgen los grandes, príncipes y monarcas de todas las edades y países; me respondieron que no era hora oportuna; y ni áun mostrando una peseta reluciente pude corromper al honrado sacristan. No se negó, sin embargo, á darme algunas noticias acerca del culto de la Virgen, cuando para entrar en su gracia le dije que era nacido en Roma, en el barrio Pío, y que desde el mirador de mi casa se veían las ventanas del aposento del Papa.

—Es un hecho—me dijo,—casi milagroso, y que no se creería si no lo atestiguara la tradicion, que desde el tiempo remotísimo en que fué puesta sobre su pedestal la escultura de la Virgen, hasta el día en que vivimos, excepto las noches, porque de noche está cerrada la iglesia, no se ha quedado vacío el santuario un momento, *ni un momento siquiera*, en todo el rigor de la palabra. Nuestra Señora del Pilar no ha estado nunca sola. En el pedestal de la estátua han